

# EPIFANÍA DEL SEÑOR, CICLO C

## VENIMOS A ADORAR AL NIÑO

Por Alfonso Martínez Sanz

Lecturas: Isaías 60, 1-6; Efesios 3, 2-3<sup>a</sup>. 5-6; Mateo 2, 1-12



1. Pasada en gran parte la Navidad, estamos viviendo y celebrando hoy la gran solemnidad de la Epifanía del Señor. *La Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros*, nos dice San Juan en el prólogo de su evangelio. Y poco antes afirma también que *la Palabra era la luz verdadera, que alumbra a todo hombre... y la luz brilla en la tiniebla*. En medio de las tinieblas

existentes del pecado y del error en el mundo, brilló en Belén, no una luz, sino la Luz *que alumbra a todo hombre* de todos los pueblos, de todas las razas, de las diversas culturas, de todos los tiempos, y en todas las situaciones.

El gran Papa Benedicto XVI, en la homilía de Reyes del año 2006, venía a decir esto mismo con estas palabras: *en el misterio de la Navidad, la luz de Cristo se irradia sobre la tierra, difundiéndose como en círculos concéntricos. Ante todo, sobre la Sagrada Familia de Nazaret: la Virgen María y José son iluminados por la presencia divina del Niño Jesús. La luz del Redentor se manifiesta luego a los pastores de Belén, que, advertidos por el ángel, acuden enseguida a la cueva... Por último, el resplandor de Cristo alcanza a los Magos, que constituyen las primicias de los pueblos paganos*.

2. Esa luz, que en la primera Nochebuena brilló en la cueva de Belén y en los campos donde los pastores guardaban su rebaño, se hizo extensiva a todos. Iluminados y guiados por ella, los Magos, en representación de los pueblos gentiles, llegaron a Belén, adoraron al Niño y le ofrecieron oro, incienso y mirra. La luz que les condujo era la de una estrella, símbolo de Cristo, *el sol que nace de lo alto*, como leemos en el primer capítulo del evangelio de San Lucas.

Partiendo de dos frases del apóstol San Juan, en su primera carta, *-Dios es luz, en él no hay tiniebla alguna;* y esta otra, *Dios es amor-*, Benedicto XVI decía: *la luz que apareció en la Navidad y hoy se manifiesta a las naciones es el amor de Dios, revelado en la Persona del Verbo encarnado. Atraídos por esta luz, llegan los Magos de Oriente*. El amor revelado en la Persona del Verbo encarnado es el eje vertebrador de todo el plan de salvación. Y ese amor se manifestó al pueblo elegido, en los pastores, y a los gentiles, en los Reyes Magos. También estaban y están llamados, a la salvación, los paganos y los gentiles. El Apóstol de las gentes lo dirá, en la carta a los efesios, con esta importante frase: *también los gentiles son coherederos, miembros del mismo cuerpo y partícipes de la misma promesa en Jesucristo, por el evangelio*.

3. La celebración de la epifanía del Señor, de la fiesta de los Reyes Magos, ha de mover al cristiano en una doble dirección: hacia dentro y hacia fuera de él. El movimiento hacia dentro le impulsará a dejarse iluminar totalmente por el que es *luz para alumbrar a las naciones*, luz que *alumbra a todo hombre*. Los pensamientos, los deseos, los proyectos, las intenciones y las actuaciones de la vida del cristiano deben quedar iluminados por Cristo.

Ese movimiento hacia dentro ha de ser complementado por el movimiento hacia afuera. El bautizado, que se deja llenar de la Luz del Belén, de la estrella del misterio de la Navidad, no la puede encerrar o esconder. Esa Luz, que es Cristo, tiene que ser conocida. Es deber nuestro comunicarla. Impulsado por el amor, el creyente –cada uno de nosotros– ha de esforzarse por iluminar, por comunicar esa Luz, para que las tinieblas del error y del pecado desaparezcan, para que el amor de Dios revelado en la persona del Verbo sea conocido y correspondido, para que la sociedad viva de acuerdo con los planes de Dios.

4. La figura de los Reyes Magos ha de ser como el icono que hemos de contemplar para desarrollar la dimensión misionera de la Iglesia. La Iglesia tiene el deber grave de ir al mundo entero a predicar el Evangelio, y el bautizado, que es Iglesia, por vocación es un llamado a ser misionero, apóstol de Cristo, un comunicador, con la palabra y el testimonio, de la Luz de Belén, del Niño Dios, del único verdadero Salvador. Y esto ha de hacerlo en el ámbito de la familia, en el lugar de trabajo, allí donde se encuentre. Y ha de hacerlo a todas horas, con audacia y sencillez, sin dejarse llevar de respetos humanos, aceptando amorosamente, por otra parte, las cruces con las que se encuentre en su camino. En ningún momento, puede olvidarse que el Niño, que nació en el portal, acabó muriendo en una cruz.

El Papa Francisco, en la homilía de esta Fiesta, el año 2015, nos invitaba mirar a los Magos, aprender de ellos y hacerlos compañeros de nuestro caminar hacia el Belén del cielo. Lo hacía con estas palabras: *esta fiesta de la Epifanía, que nos recuerda la manifestación de Jesús a la humanidad en el rostro de un Niño, sintamos cerca a los Magos, como sabios compañeros de camino. Su ejemplo nos anima a levantar los ojos a la estrella y a seguir los grandes deseos de nuestro corazón. Nos enseñan a no contentarnos con una vida mediocre, de "poco calado", sino a dejarnos fascinar siempre por la bondad, la verdad, la belleza... por Dios, que es todo eso en modo siempre mayor.* Si los Magos se hubieran dejado llevar por una vida llena de tibieza y mediocridad, no hubieran tenido sensibilidad interior suficiente para descubrir lo que significaba la estrella que habían descubierto, ni valentía para tomar la decisión de seguirla, ni la fortaleza necesaria para hacer frente a las dificultades y obstáculos con que se encontraron.

5. El Beato Pablo VI declaró a María como *estrella de la Evangelización*. A Ella, que es *Madre de Misericordia*, le pedimos que nos dejemos iluminar por la luz de Cristo y que iluminemos a otros con el testimonio de nuestra vida y con la palabra respetuosa, pero valiente.